

13

DISCURSO
PRONUNCIADO
EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA
DE GRANADA.



R. 30683

De la Iglesia y sus relaciones con la civilización.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE GRANADA,

en la solemne inauguración de el curso académico
de 1855 á 1856.

por el Catedrático propietario de Derecho Canónico,

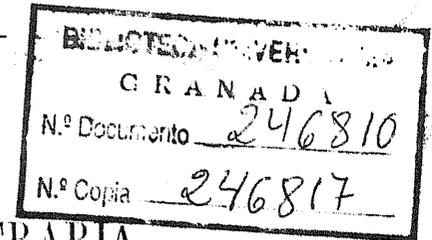
Sr. D. Nicolás de Baso y Delgado,

Secretario honorario de S. M.; Caballero de la Real y distinguida orden española de Carlos III; Abogado de los Tribunales de la Nación; Diputado de el Ilustre Colegio de Granada; Doctor, Regente de primera clase y Catedrático de Jurisprudencia; Licenciado en Medicina; Regente en Economía política y en Geografía; Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia; Socio de mérito por dos veces y Director de la Real Sociedad económica de Amigos de el país de esta provincia; Presidente de la Academia de bellas artes, y vocal de la Comisión de Monumentos históricos, y artísticos de la misma; Socio profesor de la Academia científica y literaria de el Liceo de esta Capital; Individuo de mérito y honor de la Academia de Profesores de primera enseñanza de Madrid; Socio corresponsal de el Instituto industrial de Cataluña y de la Sociedad económica de Huelva.



GRANADA.—1855.

Imprenta de Don Juan Maria Puchol.



Ilmo. Señor :

Preservados por la divina Providencia de la horrible y asoladora enfermedad que tan terriblemente ha castigado á esta ciudad hermosa y desgraciada , nuestros primeros acentos en este acto solemne deben ser un himno de rendida gratitud al Todopoderoso , porque su infinita misericordia nos ha librado de el merecido golpe de su justicia. Debido es , al mismo tiempo , derramar una lágrima de dolor , al recordar que han sido víctimas de el cruelísimo azote nuestro apreciable gefe, antecesor de el que con tanto celo y con acierto tan grande actualmente nos preside ; el ilustrado Director de el Instituto agregado á esta casa , y vários estimables profesores de nuestra insigne y venerable universidad. Somos unos pobres náufragos, que despues de haber sufrido la borrasca mas deshecha y visto en ella perecer á nuestros compañeros , llegamos á tierra firme , y cayendo sobre nuestros rostros en la tranquila playa, húmeda todavia , tributamos á el Altísimo la expresion de nuestro reconocimiento por su proteccion augusta. Digamos, pues, con el historiador de la creacion : *Mi fortaleza y mi alabanza*

es el Señor, y para mi ha sido salud: es mi Dios, y le glorificaré; el Dios de mis padres, y le enzalzaré. (1)

Mas no es bien que levantemos, en este grande dia, un cántico sencillo de placentera gratitud; á la manera que las aves cantan su rendimiento amoroso á el soberano ¡Autor y Ordenador de el mundo cuando el sol brilla en el cielo despues de la tormenta. No, Ilmo. Sr.: nosotros, como seres religiosos y dotados de razon, como maestros y directores de la lozana juventud española, debemos, humillados, adorar á la Sabiduría increada, ofreciéndola el culto de la inteligencia y el sentimiento; y ciertamente de ningun modo lo podemos hacer mejor, que proclamando la perpétua alianza de la fé con la ciencia, y profesando esa filosofía consoladora y vivificante á la que un escritor católico ha llamado *Filosofía de la Teología*, la cual (debo advertirlo) nada tiene que ver ni con la Escuela teológica ni con el Orden teocrático.

Lejos estoy de proponer como principal objeto de mi discurso lo que acabo de indicar sobre la estrecha lazada que une indisolublemente á los estudios teológicos y las especulaciones filosóficas. Reconozco mi notoria incompetencia para tratar las altísimas cuestiones que surgen de tan alto pensamiento. Pero es indispensable disponer al corazón, paralelamente con la inteligencia, á la penetración de la verdad, respetando el consorcio divino de la virtud y la sabiduría; de que da testimonio la inevitable union de la maldad y la ignorancia, *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.* (2) Porque á la verdadera civilización conduce menos la cultura de el entendimiento que la pureza de la voluntad; y así, es preciso decir á nuestros alumnos: «Ante todo es la virtud, y para llegar á ella es necesario que tengais probidad de conducta y

(1) Exodo 15, 2.

(2) Salmo 13, 1.

limpieza de costumbres: despues de la virtud, amad á la ciencia, y emplead para encontrarla estudio y meditacion. Sed humildes y honrados, para ser sábios y dignos: guardaos mucho de la *semiciencia* vana y estéril, que agota los tesoros de la fé, destruye los gérmenes de la esperanza y seca los manantiales de la caridad.» Un escritor distinguido (1) que negó á Dios en el dia de su falsa gloria y retornó á la Iglesia cuando sonó la hora de sus tribulaciones, para ser por el resto de su vida un modelo de ilustracion y piedad, nos refiere cómo emprendió nueva y sólidamente sus estudios, tomando, como el inmortal Canciller de Inglaterra, por el suave y apacible sendero de la oracion, para llegar al templo de la sabiduría. Entónces comprendió que hay verdades que se derivan, tanto como de la razon, de el sentimiento, y las cuales no caen bajo la jurisdiccion de la inteligencia humana, cuando esta, con las alas de Icaro, se quiere remontar, despreciando el poderoso auxilio de la fé: de la fé, que es la brújula de el alma, el escudo de la razon, el telescopio de el entendimiento.

De esta suerte, postrados en la tierra, levantamos nuestras almas á las elevadísimas regiones de la luz y alcanzamos la inspiracion celeste que, cual rayo de sol, resplandeciente baja de las alturas. Nadie habrá, por lo tanto, á quien extrañe mi propósito de mostrar la saludable y civilizadora influencia de la divina Religion de Jesucristo; discurriendo, en primer lugar, sobre la manera cómo es alumbrado el espacioso campo de la ciencia por la brillante antorcha de la fé, y en segundo lugar, sobre el especial amparo que la civilización europea ha recibido y recibe de la Iglesia Católica: esa madre que cuenta por sus hijos á los mas ilustres sábios de todos los paises y de todas las edades; á Pascal y Bacon, Newton y Descartes, Leibnitz y Malebranche, Bonald y De Maistre, Cha-

(1) Isuard.



teaubriand y Donoso Cortés, Balmes y Augusto Nicolás.

Atencion y acatamiento debeis á la grandeza de el asunto: para mi pequenez humildemente os pido benevolencia.

Oh cuan inmensa y elevada es la esfera en que es permitido esplayarse al entendimiento humano! Dios, el hombre, la sociedad, el mundo: he aquí, Sr. Ilmo., los objetos que puede recorrer en sus especulaciones la razon: esa razon tan orgullosa y que padece tan mortales desmayos cuando no va sostenida por la fé, que amorosa la conduce en sus purísimas alas. ¿Qué puede penetrar de los objetos altísimos de su conocimiento el hombre abandonado á sus fuerzas naturales? «Solo sé que nada sé» decia Sócrates con filosófica ingenuidad. ¿Y son pocos, por ventura, los que acaban, como él, una brillante carrera, ofreciendo un sacrificio á Esculapio? ¡Ay de los que, á semejanza de el salvaje, cortan el árbol para coger el fruto! ¡Insensatos! No han oido, ó no han querido entender, la palabra de Dios: «Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas.» (1)

El conocimiento de la Divinidad, fuera de las vias católicas, no sale, no puede salir, de un círculo vicioso: el panteísmo materialista de la India, ó el racionalismo panteísta de la moderna Alemania. Materialismo y sensualismo, idealismo y deísmo, eclecticismo y escepticismo; todos cuantos errores, desvarios y absurdos; todas cuantas heregías, impiedades y blasfemias han manchado á la historia de la Filosofía, desde los tiempos que caen al otro lado de la Cruz, hasta la evolucion actual de el protestantismo; se amontonan, cual escombros á un muladar arrojados, dentro de aquella fórmula,

(1) San Juan 8, 12.

y se encierran, como las olas de el Mediterráneo entre las costas de Europa y los desiertos de Africa, en este indeclinable dilema: ó catolicismo ó ateísmo. Sí: ó negais á Dios con una negacion radical; ó creéis, con la Iglesia, en la Trinidad divina de Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo: Dios de Dios, uno en esencia y trino en personas; afirmando este adorable misterio con la mas absoluta de las afirmaciones. Escuchad una sola palabra que lo dice todo: EMMANUEL, *Dios con nosotros*. Este es el Dios único verdadero; este es *el que es*: Dios infinitamente grande, bueno, bello, justo y misericordioso; Creador y Ordenador de el mundo; Redentor de el humano linaje; Omnipotencia increada; Providencia viviente: ¡Padre nuestro!

Quando el hombre, apartándose de la revelacion divina, quiere formarse alguna idea de el infinito y adorar de algun modo al Ser Supremo; dado que así como es un *animal racional*, así es tambien esencialmente religioso: ¡cuántos miserables absurdos, cuántas ridículas supersticiones, cuántos horrendos crímenes descubre nuestra turbada vista en las abominables teogonías inventadas por la débil y corrompida humanidad! Al materialista culto de el sol y los astros sustituyen los groseros y vergonzosos de Priapo y Venus: los altares de Vesta, una vez extinguido el fuego sagrado, son asaltados temerariamente por la *Diosa Razon*, la cual, ébria, se revuelve sobre la fria ceniza; y la flaca inteligencia, desvanecida por satánico orgullo, quiere relegar á Dios al reino de los Cielos; confinar á la Religion dentro de el santuario, y entregar al hombre, la sociedad y el universo al necio despotismo de sofistas inmorales. ¡Ah! *La luz vino al mundo y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas; porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz, para que sus obras no sean reprendidas.* (1)

(1) San Juan 3, 19.

Tanta como es la insuficiencia de el entendimiento para adquirir por sí solo y sin auxilio de la fé, la verdadera noción de Dios, tanta (porque no cabe mas) es su impotencia para conocer al hombre sin ayuda de la revelacion divina.

¿Qué es el hombre? Un misterio.....

He aquí, Sr. Ilmo., expresado por un poeta español de nuestros dias, cuanto la ciencia humana sabe decir de el hombre. No comprende que si este es un enigma, su primer término está en el pecado de origen y en la redencion el segundo. Así es que las fundamentales y temerosas cuestiones de su bondad ó su maldad nativa, su destino en el tiempo y su vida en la eternidad, y las otras cuestiones no menos trascendentales y pavorosas que ofrece su estudio psicológico, moral y físico; la ley de su ser y su fin, la medida de su desenvolvimiento y el resorte de su direccion, jamás reciben de la inteligencia privada de la fé una solucion acabada y conveniente.

La caida: la rehabilitacion. Ved ahí los dos polos de la doctrina católica respectivamente al hombre: la caida por la culpa de Adan, y la rehabilitacion por el sublime sacrificio de Jesus. La Cruz es el firmísimo ege sobre el cual gira, con armonioso movimiento, la naturaleza humana contenida entre aquellos dos polos; como quiera que la Cruz es el cumplimiento divino de la divina promesa. Ahora bien: los que osadamente pronuncian la negacion de la caida de el primer hombre, tienen que precipitarse, sin que se puedan contener, en estas otras que de ella se derivan: la negacion de el pecado y la depravacion; la negacion consiguiente de la gracia y los sacramentos. ¿Sabeis á donde van estas negaciones impías? Van, Ilmo. Sr., al racionalismo, al escepticismo, al ateismo: á Rousseau, á Berkeley, á Proudhon. Porque si la voluntad humana no está enferma, el mal, que indudablemente reside en el mundo, no se encuentra en el hombre si no fuera de

él; su razon jamás ha sido enflaquecida; los progresos de la verdad dependen solamente de su ejercicio: la fé no es necesaria, por lo tanto, ni para que la verdad sea conocida, ni para que los hombres sean felices. ¡Cuánto delirio! ¡Cuánta temeridad! ¿Seremos á la manera de los estóicos, que negaban lo que explicar no sabian, hasta exclamar insensatamente: «¡oh dolor! no me harás confesar que eres un mal.»? ¿Seremos como los epicúrcos, que sin examinarle, condenaban á el mal con absoluta condenacion? ¿O tomaremos plaza en la escuela ecléctica, que anatematiza á el mal, no como residente en el hombre, sino como localizado en las instituciones de los pueblos? Por último: ¿nos inscribiremos en la falanje socialista, que procediendo mas radicalmente, condena á el mal, nunca en el individuo y sus perversas inclinaciones, pero sí en la sociedad y su inícuca organizacion? En una palabra: ¿diremos, como los eclécticos dicen con acento de conviccion profunda: «cambiad las instituciones» ó gritaremos, como los socialistas gritan con arrogancia demagógica: «destruid á la sociedad.»?

Ni lo primero basta ciertamente, ni es racionalmente posible lo segundo; mas hay otro camino. «Convertid al hombre, y la sociedad será buena y tendrá instituciones excelentes.» Tal es la solucion de el catolicismo, que sin disputa tiene derecho á darla; pues obrando interiormente sobre el hombre, disipando las tinieblas de su entendimiento y desterrando de su corazon toda maldad, se propone llevarle á la ventura por el camino de la ciencia y la virtud. El catolicismo ve y explica en el mal aquello que hay de verdaderamente malo, aunque justo y merecido, por cuanto atormenta en castigo de el pecado de origen; y asimismo reconoce y demuestra lo que hay de bueno en el mal, por cuanto rehabilita, asociándonos á la sublime obra de la divina redencion, mediante la saludable virtud de la penitencia sacramental y la virtud santi-

ficante y regeneradora de el sagrado Pan eucarístico.

La Religion divinamente filosófica de Jesus no considera al hombre en el espacio breve puesto entre la cuna y el sepulcro, sino en toda la extension de su providencial destino; en el tiempo y la eternidad: le comprende tal como es y todo entero; como ser espiritual y corpóreo, como inteligencia por órganos servida; pero ser enflaquecido, inteligencia depravada por el pecado, y que debe su fortaleza á la gracia contenida en el augusto Sacramento. ENOSH: he aquí su nombre; conviene á saber: *hombre, dolor*. ¡Sorprendente sinonimia! Quién dice hombre, dice dolor: dolor que sería inconsolable á no haberse dignado la misericordia infinita redimirnos; dolor constantemente mitigado, bajo la ley de gracia, por el divino Cordero y el Pan de salud eterna; dolor que para el justo será trocado en su día en un océano purísimo de inexplicable ventura. Compadezcamos, Ilmo. Sr., á los que tienen de el hombre un concepto diferente de la noción dada por el catolicismo. ¡Infelices! No miran en el Dios-hombre á su admirable modelo, ni se pueden reconocer en el original de Jesucristo. Poseidos de el orgullo, ese demonio de la inteligencia, oyen una voz seductora que les grita para su perdición: *Y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal*. (1)

A quien, por este orden, temerariamente aspira á conocer todas las cosas, proclamando á la inteligencia por soberana de el mundo, se le debe recordar aquella célebre inscripcion de el templo pagano: *Nosce te ipsum*; ó más bien, debe decirsele con San Agustin: *Credé ut intelligas*. Por eso Jesucristo se dirigió á la voluntad antes que al entendimiento, y dejó dicho que *de el corazón salen los pensamientos malos* (2): por eso *el ignorante niega á Dios in corde suo*: por eso se ve

(1) Genesis 3, 5.

(2) San Mateo 15-19.

á muchos hombres dar la preferencia á las mas densas tinieblas sobre la luz mas radiante, no tanto porque su razon está cubierta con el velo de la ignorancia, cuanto porque su voluntad está envenenada por el tósigo de la maldad. Para estos desgraciados la ciencia es un arte de descreer; porque la ciencia sin la virtud es una tela de Penélope, en la cual el talento y el estudio hacen por el día progresos maravillosos, que deshacen á la noche la vanidad y la depravacion. En este sentido es muy exacto lo que Bacon decia: «la poca ciencia nos lleva al escepticismo; la mucha ciencia nos restituye á la fé» y no es menos verdadera la observacion de que somos incrédulos y rehusamos la doctrina católica, no por su oscuridad si no por su santidad.

Si de el estudio de el hombre convertís hácia la sociedad vuestras atentas miradas, notareis, Ilmo. Sr., un fenómeno semejante. La ciencia corrompida y atea no solo es infecunda si no fatal para los pueblos: es, en resúmen, ciencia de protestas, negaciones y ruinas. ¡Cuán al contrario la ciencia vivificada por la virtud! Fecunda y salvadora, como inspirada por Dios mismo, produce pensamientos de grandeza y generosidad, hechos de un heroismo sublime, instituciones de una solidez admirable y leyes protectoras de la libertad y dignidad de las naciones. «La sociedad se derrumba en el abismo cuando el Cielo deja de ser el contrapeso de la tierra.» ¡Oh! cuanta verdad encierra esta magnífica frase de un sabio y religioso jurisconsulto (1). Y ¡cosa sorprendente! otro escritor de clarísimo talento, aunque no católico por desgracia, viene á decir lo mismo, levantando su autorizada voz allí donde menos podia esperarse oír un elogio de la doctrina católica. «Las bases de el orden social y moral (dice) están profundamente desquiciadas y vacilantes á proporcion, donde quiera que

(1) Augusto Nicolás.

no existe la fé en lo sobrenatural; pues el hombre deja de vivir en presencia de el único poder que realmente le sobrepaja y es capaz, á la vez, de satisfacerle y gobernarle.» (1)

Debe advertirse, Ilmo. Sr., que manifestar lo que á una voz enseñan los hombres mas eminentes, católicos ó protestantes, acerca de la necesaria sumision á los divinos preceptos y á las leyes de el mundo moral prescritas por el Altísimo, no es reclamar para la Iglesia la dominacion temporal que terminantemente resisten las inolvidables palabras de Jesus: *Mi reino no es de este mundo*: (2) *Dad, pues, al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios* (3). No: la Iglesia no pretende que sea trocado el báculo por el cetro, que sea cambiada la tiara por la corona: lejos de quererlo así, establece y enseña la saludable distincion de las dos potestades, que por cierto no fué al catolicismo á quien tocó la triste gloria de borrar. Verdad es que la Italia cubrió los sagrados hombros de los sucesores de el Pescador con la púrpura de los monarcas, que aquellos han tenido que conservar por altísimas razones sociales y religiosas: verdad es que los Pontífices romanos fueron, en cierta época, supremos jueces de paz y soberanos arbitradores de los monarcas entre sí, de los reyes y los pueblos, de los señores y los vasallos; pero sin entrar aquí en consideraciones que no son de este lugar, es notorio que á no haber sido por aquella jurisdiccion eminentísima, y sin embargo voluntaria, conferida á la Iglesia por el buen sentido de pueblos y vasallos, monarcas y señores, la cual fué siempre favorable á los débiles y adversa á los poderosos, defensora de todos los oprimidos y censora de todos los tiranos, la civilizacion europea hubiera sido arrastrada por los

(1) Guizot, presidente de la Sociedad bíblica protestante.

(2) San Juan 18, 36.

(3) San Marcos 12, 17.

furiosos torrentes, cuyo desbordamiento bastó á contener la Iglesia; como robusto dique colocado por Dios para sujetar tremendas inundaciones y evitar espantosas catástrofes.

Pero si el ver de qué manera en toda cuestion social sale siempre al encuentro la Teología, es cosa que admira á Prondhon, segun confiesa él mismo, ella es en sí una cosa muy natural; porque la Teología es la luz de la historia, como ha dicho elocuentemente un español ilustre (1), y los principios teológicos son la clave para explicar los problemas sociales, todos ellos planteados por el catolicismo que para todos tiene completas y adecuadas soluciones. La Iglesia está, por lo tanto, en el indisputable derecho de predicar á la sociedad las teorías que confirma con su práctica universal y constante, y son á saber: la unidad en la pluralidad; la libertad en el orden; la justicia en la misericordia; la dignidad en el mérito; la felicidad en la virtud.

El mundo material no es, Ilmo. Sr., despreciable á los ojos de la Iglesia. ¿Ni cómo habia de serlo cuando todas las admirables magnificencias y misteriosas armonías de la creacion dan testimonio continuo de la sabiduria de el Creador y de su providencia viviente? Considerad, si os place, cuanto rodea al hombre sobre la superficie de el globo, en las entrañas de la tierra, en los abismos de el mar y en las regiones de el aire: contemplad esos mundos revelados á nuestra atónita vista por los instrumentos ópticos, en el agua, en la atmósfera y en los astros: fijad vuestra atencion en las indescriptibles maravillas que asombran por donde quiera al observador filósofo; y desde luego penetrareis cómo no puede un alma religiosa mirar con indiferencia al portentoso universo en que está reflejada la omnipotente majestad de Dios, y en el cual ha sido el hombre constituido, por la divina bondad, cómo

(1) Donoso Cortés.

agente y como rey de esa fecunda naturaleza que sumisa le obedece, magnífica le anonada. Por otra parte: si para ver al mundo morales necesario colocarse sobre las cumbres de el Gólgota, para observar al mundo físico no hay mejor punto de vista que el Génesis. La inspirada narracion de Moisés es en el orden material como la sintesis profunda que cada dia confirman los análisis de la Zoología, la Geología y todas las ciencias naturales y fisico-matemáticas.

Mas el catolicismo no puede admitir la insensata confusion de los mundos físico, espiritual y moral. Su severa doctrina resiste sin descanso á la loca pretension de aplicar á estos últimos lo que solo es propio y exclusivo de el primero: su austeridad no tolera que el hombre, tocado de el orgullo, intente variar á su antojo las misteriosas cadencias de la divina creacion. Llegar á decir, con Broussais, que la Filosofía y la Moral se fundan en la Frenología, es un absurdo tan grande que su misma enormidad pone al corazon espanto. Lo que la Iglesia busca en esta parte, segun expresa un filósofo español (1) es un cierto equilibrio entre los intereses materiales y los morales y religiosos: lo que en este equilibrio busca es que cada cosa esté en su lugar y haya lugar para todas las cosas: lo que busca, por último, es que el primer lugar sea ocupado por los intereses morales y religiosos y que los materiales vengan despues; y esto, no solo porque así lo exigen las nociones mas elementales de el orden, sino tambien porque la razon nos dice y la historia nos enseña, que esa preponderancia, condicion necesaria de aquel equilibrio, es la única que puede conjurar y que conjura ciertamente las grandes catástrofes prontas siempre á surgir allí donde la preponderancia ó el crecimiento exclusivo de los intereses materiales pone en fermentacion las grandes concupiscencias.

(1) Donoso Cortés.

Dios, el hombre, la sociedad, el mundo, dije, Ilmo. Sr., que son los cuatro objetos que puede recorrer en sus especulaciones el entendimiento humano, y en cuyo estudio la razon, desprovista de la fé, padece desmayos grandes. Hemos visto, en efecto: que solamente la Religion católica sabe dar una nocion satisfactoria y completa de Dios, enlazando con El á la humanidad por medio de la Iglesia asistida de el Espiritu Santo, á la Iglesia por medio de Jesucristo y á Jesucristo por medio de la Santísima Trinidad: que únicamente el catolicismo conoce al hombre, y porque le conoce, sujeta el cuerpo á la voluntad, esta al entendimiento, este á la razon y esta á la fe: que si no es en la doctrina católica, no hay solucion cumplida y adecuada para los grandes y temerosos problemas sociales, que son y serán siempre los formidables escollos de las filosofías incrédulas: en fin, que el mundo da testimonio de Dios; está ordenado y conservado por la Providencia, y es bello y armonioso por la concordancia divinamente puesta entre lo físico y lo espiritual y moral. Ahora bien: para sobrepujar y satisfacer á el hombre, resolver de continuo los problemas sociales y hacer patente al infinito viviente y bien hechor, que tiene hasta contados nuestros cabellos (1), hay en la tierra una sociedad docente y santificante, fundada por Dios é inspirada por el Espiritu de verdad. Esta sociedad es la Iglesia católica, á la que dejó dicho Jesus: *que las puertas de el infierno nunca prevalecerán contra ella*, (2) y se reveló aquel Espiritu, diciendo á sus Apóstoles: *he aquí que estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (3).

Continuadme dispensando vuestra benévola atencion, y acabaré de cumplir mi propósito; manifestando el influjo eminentemente civilizador ejercido por la Iglesia.

(1) San Mateo 10, 30.

(2) San Mateo 16, 18.

(3) San Mateo 18, 20.

La humanidad, Ilmo. Sr., marcha con movimiento incesante, pero á veces irregular, por toda la duracion de el tiempo y toda la extension de la tierra. Va, como arrebatada por corrientes procelosas, á lo largo de un caudaloso rio; navegando en un bagel misterioso, cuyo piloto invisible parece que, irritado, en ocasiones le abandona á la merced de los vientos y las aguas. En las cóncavas rocas de los montes que dominan á la ribera, se deja oír, como grito de pájaro agorero, una profética voz, que suele alzarse para advertir á los hombres que la tormenta se aproxima. Pero ellos, engreidos y con orgullo satánico, no la oyen, y se entregan á todo género de iniquidades y crímenes; porque viven olvidados de su Dios y consagrados á los torpes y vergonzosos placeres de la carne. La nave marcha y marcha, sin fija direccion; como cáscara de nuez barrida de la llanura por huracanes bravios. Las ráfagas de el viento arrecian horriblemente: son abiertas las cataratas de el cielo; y las aguas, que bajan en torrentes ruidosos, van creciendo sobre la tierra en terrible inundacion, y suben irritadas, para ahogar en los lábios de aquellos licenciosos las blasfemias mas espantosas. Ha sóltado el Señor la represa de su ira: el diluvio es universal; y muy luego todo se ve cubierto por las espumosas aguas. Solamente á lo lejos se divisa como una barquilla humilde, que flota encima de las túrbias espumas, y va á posarse sobre la empinada cumbre de un elevado monte; cual si fuese ave de el mar, salida de el borrascoso seno de las turbulentas olas.

Un varon justo ha sido preservado, con toda su familia, de la gigantesca catástrofe: mas los hombres parecen incorregibles. El justo es insolentemente escarnecido por uno de sus hijos irreverente y temerario, sobre cuya cabeza cae de el cielo tremenda maldicion; en tanto que sus hermanos virtuo-

sos reciben, cual benéfico rocío, la bendicion paterna, y son troncos fecundísimos de potentísimas razas. El castigo de la divina justicia es puesto sin dilacion en criminal olvido. Los hombres, nuevos Titanes, quieren escalar al cielo, y fabrican una torre que intentan levantar, como su vuelo las águilas, á la region de las nubes. El fuego consume pronto á la orgullosa vivienda: las gentes son dispersadas, y van perdidas, llevando en su mortal desolacion confundidas las lenguas y turbados los entendimientos. Crecen, á pesar de todo, y se propagan por la redondez de la tierra: constituyen familias y ciudades; forman grandes naciones y colosales imperios: mas necias y descreidas reinciden á menudo en blasfemias odiosas é inicuas impiedades, abominables vicios y crímenes horrosos.

Cúmplese, punto por punto, la profética explicacion de Daniel sobre el fugitivo sueño de Nabucodonosor. Aquella grande estatua con cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y muslos de cobre, piernas de hierro y piés de hierro y barro, se desmenuza y queda reducida á polvo leve; como tamo de una era esparcido por las ráfagas de el huracan. Los formidables imperios de los asirios, persas y medos, griegos y romanos, son destruidos por la piedra desgajada de el monte, la cual se agranda con extraordinario crecimiento, hasta ser una inmensa montaña que llena todo el mundo. (1) Ha llegado, Ilmo. Sr., la plenitud de los tiempos. La encarnacion misteriosa de el Hijo de Dios en las entrañas purísimas de la inmaculada Virgen, ha sido realizada. El pueblo rey ha reasumido en sí toda la vida de el universo: las naciones son provincias de Roma, y parecen miserables despojos ensartados en la potente lanza de el vencedor. Mas ¡ay! debajo de las férreas y brillantes armaduras de los señores de el orbe, se des-

(1) Daniel 2.

cubren el quebradizo barro y la hedionda podredumbre de un imperio que ha muerto gangrenado por la inmoralidad. Los indómitos hijos de las selvas no tienen que matar á el que ya solo es un mísero cadáver, y se aplican á devorar sus miembros corrompidos. Alzase, á esta sazón, como firmísima roca en medio de las bravas tempestades que azotan á el atribulado mundo, y sostiénese inmóvil y elevada, cual faro luminoso colocado entre escollos aterradores, una sociedad sobrenatural, por el mismo Dios fundada; de la cual puede asegurarse que sufrirá sin peligro las borrascas mas deshechas.

Esta piedra desgajada de el monte sin mano alguna (1); esta roca incontrastable: este faro, que puesto entre los escollos alumbraba en las tinieblas y domina á las borrascas: este monte, cuya cumbre bendita está serena, mientras rugen á su pié tempestades horrorosas, es Ilmo. Sr., la Iglesia de Jesucristo, destinada á civilizar á el mundo y sacar de el nuevo caos como una creacion nueva.

La civilizacion es indudablemente uno de los hechos mas complexos que pueden ser sometidos á observacion y estudio. El desarrollo físico, intelectual y moral de el individuo, la familia y el estado: ved aquí al triple objeto y sugeto de la civilizacion. En el órden sensible y material, en la elevada esfera de el espíritu, en la incógnita region de el sentimiento; en el hombre y la muger, en el padre, la madre y el hijo, en la sociedad entera, la Iglesia tiene, y nunca ha dejado de tener, un grande influjo natural y necesario, legítimo y favorable. Así es que nadie ha pretendido hasta ahora, ni razonablemente osará en lo sucesivo, explicar al complicado hecho de la civilizacion, sin la Iglesia; en tanto que mas de un sabio ilustre y digno de acatamiento afirman que la Sociedad que se aparta, por su desgracia, de las anchas vias católicas, va á

(1). Daniel 2, 24.

dar en el profundo abismo de la barbárie (1). Porque el catolicismo ha civilizado al mundo predicando la union de las inteligencias en lo verdadero, de las voluntades en lo bueno, de los espíritus en lo justo, y haciendo de la autoridad una cosa inviolable, de la obediencia una cosa santa, de la caridad una cosa divina (2). Porque el espíritu que inspira, vivifica y dirige á la Iglesia, no es de el hombre si no de Dios (3). Porque la Iglesia es la encarnacion permanente de Dios-Hijo (4). Porque es la religion de Jesucristo objetivada (5). Porque así como á el Altísimo plugo hacerse hombre en Jesus, así tambien le plugo hacerse sociedad en su Iglesia (6). Por que el Espíritu de vida y de verdad reside en ella perpétuamente. Por que antes pasarán el cielo y la tierra que la palabra de Dios (7). Por que las puertas de el Infierno no han de prevalecer contra la Iglesia.

Esa mujer bellísima y purísima, de que nos habla el Apóstol, que tiene al Sol cobijando á su cabeza, á la Luna debajo de sus piés y al rededor de su frente doce brillantes estrellas por magnífica corona (8), procedió á la regeneracion de el mundo por un órden diametralmente opuesto al empleado por la filosofia de los tiempos que caen á la espalda de la cruz. En vez de fijarse en la sociedad, limitando la esfera de su accion á lo visible y físico, puso sus penetrantes ojos, con amorosa mirada, en el hombre y mostró predileccion decidida por lo invisible y moral. El primer discurso que pronunció Jesus

(1) Balmes, Donoso Cortés, Augusto Nicolás y otros escritores no menos distinguidos.

(2) Donoso Cortés.

(3) Balmes.

(4) Mæuler.

(5) Augusto Nicolás.

(6) Idem.

(7) S. Marcos 23, 31.

(8) Apocalipsis 12, 1.

delante de las gentes, aquel inolvidable Sermon de la montaña, magnífico resúmen de la Ley evangélica, fué todo dirigido al corazón para sembrar en él semilla de virtudes. ¡Qué moral, Ilmo. Sr.! Hasta los mismos incrédulos la respetan y admiran.

Una de las grandes obras realizadas por el catolicismo en su inmensa y pacífica revolución, ha sido la sucesiva abolición de la esclavitud; ese crimen de el mundo antiguo, de que aun se conservan restos, á pesar suyo, y no solo en los negros de el nuevo continente, si no en la misma Europa: en la moderna *esclavitud de blancos*. Los filósofos de el paganismo enseñaban que la servidumbre era una ley de toda conveniencia como de toda justicia, hasta el extremo de suponer existente una raza miserable de míseros esclavos, á quienes habia quitado Júpiter la mitad de la mente, al decir de Homero en armonía con Platon y Aristóteles. Y dijo Dios á los hombres: *Así habeis de orar: «Padre nuestro.»* (1) ¡Sublime plural, que declara nada menos que la libertad, la igualdad, la fraternidad de todos los nacidos! La Iglesia ha llevado á cabo, reposadamente sí, pero con incansable perseverancia, la ejecución de la palabra divina; porque el catolicismo realiza las ideas en hechos que perpetúa en instituciones, y el catolicismo, adversario terrible de todas las tiranías, no podía menos de quebrantar en el mundo á todas las servidumbres. ¿Hay quien lo dude acaso? Que respondan por mí las luminosas colecciones de los concilios, y con mas especialidad las compilaciones de los concilios de España: esos monumentos gigantescos y venerables, que es necesario registrar despacio para conocer la historia de la civilización europea y mayormente la de nuestro país. De nuestro país, Ilmo. Sr., esencialmente católico y que tiene, como un encargo providencial, el depósito sagrado de la mas limpia ortodoxia, junta-

(1) San Mateo 6, 9.

mente con la envidiable gloria de que la disciplina de nuestra Iglesia es el mas bello florón y la mas sólida base de la corona magnífica colocada por la Iglesia sobre las sienas de el mundo. ¿De quién son esos ministros, inflamados por una ardiente caridad, que á través de los mares procelosos y arrojando el cautiverio, van á redimir cautivos? ¿De quién son esos misioneros heroicos, que penetran en el abrasado desierto y llegan indistintamente á las plantaciones y á el aduar, corriendo el riesgo de la esclavitud para emancipar esclavos? Esto es incontestable: á nadie tanto como á la Iglesia católica debe la libertad de los hombres.

Merecen igualmente recordación las doctrinas y los hechos de la Iglesia grandemente favorables á la libertad y dignidad de la mujer. Antes de caer el hombre en el pecado, Dios, que habia empleado al formarle un especial esmero no consagrado á otra creación alguna; que le amaba con inefable ternura, y se recreaba en él como en su obra mas perfecta, quiso concederle un don que acreditase toda la intensidad de su amor infinito. ¿Y sabeis cuál fué este primer don hecho al hombre por el paternal efecto de su Creador augusto? Fué, Ilmo. Sr., la mujer. Ella vino á completar las bellezas de el eden dado al hombre por morada en su estado de inocencia: despues de la caída en el pecado, á ella fué prometido que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente (1); y en el supremo instante de el castigo en que fué privado el hombre de el Paraiso terrenal, ella le fué dejada como dulce esperanza de reconciliación y como fuente perenne de consuelo, en su dolor y tristeza. En ese libro Santo en que hay con tal abundancia cuadros los mas sublimes, no es fácil encontrar otro alguno ni mas interesante ni mas lleno de saludable en-

(1) Génesis 3, 19.

señanza, que aquel donde se ve juntas, al pié de la Cruz, á la inmaculada María y á la purificada Magdalena (1).

Ahora bien: ¿quién ha hecho de la menospreciada mujer una digna compañera de el hombre? ¿Quién ha cambiado la mísera condicion de la mujer antigua, india, griega ó romana, por la condicion libre y decorosa de nuestras hijas, nuestras esposas, y nuestras madres? ¿Ha sido, por ventura, el feudalismo; como algunos pretenden, señalando al castillo feudal como el verdadero templo de la mitad mas preciosa de el humano linage? De ninguna manera. Para que en la vivienda de el altivo castellano fuese considerada la mujer como compañera suya, fué preciso que antes penetrára en el corazon de el caballero la doctrina católica; único y seguro freno de indómitas pasiones; única y brillante luz de entendimientos perdidos en tinieblas. ¡Cuán cierto es que sin el muro de bronce opuesto por el catolicismo á la sensualidad; sin ese dique ante el cual retroceden, murmurando, las perversas inclinaciones humanas, que se acomodan al fin, como las olas de el mar, en su lecho demarcado por el Todopoderoso, los castillos feudales habrian tenido impúdicos harenes! No: la mujer europea nunca hubiera llegado á ser la digna madre de familia: hubiera, la triste, sido un hermoso instrumento de fugitivo placer: habria caído en el abatimiento deshonoroso de la mujer oriental; cuya dorada clausura y riquísimos velos no bastan á ocultar la inmerecida vileza de su injusta degradacion.

Pero el catolicismo, proclamando la santidad de el matrimonio, elevándole á Sacramento, rechazando las exigencias voluptuosas que otras doctrinas mas flexibles han acogido complacientemente; respondiéndole imperturbable á reyes y señores: «una con una y por toda la vida: *por tanto, lo que Dios*

(1) San Juan 19, 25.

juntó el hombre no lo separe (1), ha elevado á el amor conyugal sobre la atmósfera impura de las pasiones humanas; ha levantado á la mujer al rango conveniente á su civilizadora mision, y la ha constituido en segunda persona de la sociedad doméstica. ¿Quiére alguno tal vez la secularizacion de el matrimonio? Ese no ama á la mujer: ese busca, por el divorcio, la poligamia; por la poligamia, el haren. Y cuenta que allí donde la mujer no es respetada, la familia decae de su divina constitucion; y allí donde esto acontece, la sociedad se precipita, por la pendiente de la inmoralidad y de la esclavitud, á los abismos de la barbarie y á los infiernos de la tiranía.

Por punto general, el catolicismo, que ha regenerado á el hombre apoderándose de su corazon, ha sustituido á la bárbara ley de la fuerza y la esclavitud, la suave y divina de el amor y la libertad. Así se ve que donde quiera que la incredulidad exige que la Religion sea suplida por otro freno de invencion humana, lo es por la policia y los ejércitos, el espionage y la violencia. La historia de todos los tiempos y países enseña que cuando falta la direccion religiosa y moral, el poder público tiene que hacerse respetar á cañonazos: porque desde el momento en que el hombre no acude á el tribunal de la Penitencia; desde el momento en que la Iglesia no es la censora de las costumbres; desde el momento en que la utilidad se sobrepone á la justicia y la conciencia es acallada por el sórdido interés, en aquel punto reemplazan al tribunal de la Penitencia los tribunales de venganza, á la censura de la Iglesia la tiranía de el ostracismo, á la justicia el dictador y á la conciencia el verdugo.

Llego, Ilmo. Sr., á el último y mas árduo de los objetos que debo recorrer en desempeño de mi difícil propósito; con-

(1) San Mateo 19, 6.

viene á saber: el influjo ejercido por la Iglesia católica en la direccion intelectual de la sociedad moderna. Todavía flotaba por los aires el ensangrentado polvo levantando, en su marcha sobre Europa, por los hijos de el Ganges y el Danubio: todavia oscilaba, en gigantescas espirales, el humo de los horribles incendios de ciudades magnificas arrasadas por los genios de la conquista y la destruccion: todavia rovocaban los écos el pavoroso ruido que produjo al desplomarse, cual gigante derribado por la mano de Dios, el imperio de occidente; cuando en la mayor altura de las inmensas ruinas apareció la Cruz; y en el momento cayeron de rodillas las formidables hordas salidas de los bosques de la Germania, cual desbordado torrente: aquellas turbas indómitas, vencedoras de el mundo como Atila, y como él atajadas por el humilde signo de nuestra redencion. En aquel instante nació vigorosa y lozana la civilizacion européa; quiero decir: la civilizacion católica. Porque la sociedad, estremecida en presencia de aquel nuevo diluvio, se refugió, temblando, bajo el amparo de la Iglesia, que la cubrió con sus alas; como el águila cubre á sus polluelos cuando braman furiosos los huracanes. Y no solo la dió abrigo con la solicitud de madre cariñosa; hizo mas: la educó amorosamente, cual pedagógo divino.

No busqueis, para estudiar á la civilizacion de el mundo regenerado por la Iglesia, ni los puntos de vista de la antigua sociedad, que no se os presentará, como solia, en los jardines de Babilonia, en las plazas de Atenas y en el Foro romano; ni tampoco los de la sociedad actual encerrada en los talleres ó sepultada en las minas, cuando no recostada en los teatros y los salones: colocaos bajo los arcos augustos de una de nuestras catedrales, y abarcad con vuestro pensamiento los contrastes elocuentes que aquella permanente exposicion de las ciencias, las artes y las industrias, ofrece con las lujosas exposiciones contemporáneas de Londres y París.

¡Cuán pequeño se reconoce el hombre al encontrarse debajo de las grandiosas bóvedas de la casa de el Señor! Todo respira en torno suyo santidad y sabiduria: todo exhala esa poesia sublime que no se encuentra si no en el cristianismo. Allí se bebe inspiracion religiosa; como en el florido campo suavísimos perfumes. La arquitectura, auxiliada de la estática y la mecánica; la acústica y la óptica; la química y la metalúrgia; la pintura, la escultura y el mosaico; la música instrumental y vocal: todas las ciencias, todas las artes, aparecen reunidas para ofrecer sus maravillas y encantos á Aquel que es el principio de toda ciencia, el manantial de toda belleza y el Arquetipo de todas las creaciones de el genio. Santos y sabios os rodean y convidan á la oracion y á el estudio. Los Clementes de Alejandría, Gerónimos, Basilio y Gregorios de Nacianzo; los Atanasios, Ambrosios y Crisóstomos; juntamente con el Obispo de Hipona, el Prelado de Sevilla y el Angel de las escuelas, están sobre los altares y os reclaman, á la par, la veneracion debida á los canonizados por la Iglesia y el respeto correspondiente á los profundos doctores de la sublime doctrina de su divino Maestro. Teresa de Jesus y Juan de la Cruz os descubren los tesoros de la mística ternura; en tanto que Juan de Dios y José de Calasanz os recomiendan el caritativo amparo de la pobreza doliente, de la desvalida infancia. Los lienzos animados por el pincel de Miguel Angel, Rafael, Cano, Murillo, Atanasio y Juan de Sevilla: los mármoles que parecen querer hablar y transmitir la fé que les dió esa vida que no consumen los años: las anchurosas naves májicamente iluminadas por los prodigios de la vidrieria, y coronadas por torres colosales con agujas lanzadas á la region de los vientos; como para conducir, hasta vosotros la voz de el Eterno Padre, que descende de las alturas en la serenidad de la bonanza y en medio de el fragor de la tormenta; y sobre todos estos prodigios, el vivificante Espíritu de la Divinidad

humanizada para redimiros y de continuo residente en la Iglesia de Dios para atraeros; este conjunto, digo, de sorprendentes maravillas, que apenas pueden concebirse y con harta frecuencia miramos sin comprenderlas, llenan á el alma de pensamientos inexplicables, de temor santo, amor y adoracion, que se resuelven, al pié de los altares, en sentidas y dulces oraciones. Que suene entonces el sublime canto religioso; el *Te-Deum* ó el *Stabat*, el *Misserere* ó el *Dies irae*, y es seguro que, por mas endurecido que pueda estar el corazon, los cielos se abrirán y verá el hombre á la purísima Esposa de Jesus, autora de la civilizacion de el mundo moderno, madre de la sociedad; de cuyo seno brotan santos y sabios, artistas y poetas. Allí, bajo los arcos de nuestras grandes basílicas, está, en compendio, la civilizacion católica, nacida de el desenvolvimiento ascendente de la actividad humana en los órdenes intelectual, moral y estético: allí está esa civilizacion que no derrumba á el hombre á los oscuros antros de la tierra, para que en ellos vegete como vegetan las plantas, y que antes bien, apenas le permite tocar con los piés al suelo, levantando su frente, iluminada por el brillante sol de la verdad, á las altas esferas de la luz, para que viva en ellas la vida de los ángeles. ¡Oh sí! : nuestras catedrales son verdaderos poemas, epopeyas inmensas que cantan la gloria de Jesucristo, como los cielos refieren la gloria de el Creador, presentándonos á la materia en todos sus elementos y á la naturaleza en todos sus reinos, animadas por el soplo de el genio de la fé. Y ellas son, al mismo tiempo, tratados profundos de teología histórica, dogmática y moral, en que la ciencia sagrada expresa, de la manera mas fiel y cumplida, la síntesis de las verdades que unen al mundo natural con el mundo sobrenatural. Con una de nuestras catedrales puede formarse un curso enciclopédico de todas las artes, todas las ciencias físicas y metafísicas, todos los conocimientos divinos y humanos; y el colmo de las luces de

la época presente consiste en estudiarlas y conservarlas; sin llegar á reproducirlas, ni aceptar el reto que dirigen á nuestra rastrera industria (1).

Lástima grande, Ilmo. Sr., pesar profundo causa el contraste que con esta purísima y fecundísima civilizacion, representada por las basílicas católicas, forma esa otra civilizacion figurada por el plano horizontal y cuyo tipo es un pueblo industrioso con la industria de los castores y delas abejas: barniz de la sociedad; falsa cultura que finge el antagonismo de la metafísica y la física, de la teología y el derecho; ella que solo produce la política mezquina de los intereses materiales, el criticismo utilitario y el egoismo impudente de la filosofía de el triunfo. Deslumbrados los ojos y el espíritu suspenso, se admiran en el palacio de cristal y en el de la exposicion de París, leguas enteras de tapices de todos colores, cristales resplandecientes, muebles de una riqueza insensata; bronces, terciopelos, porcelanas, sederias; tisús de plata y perlas; joyas dignas de Cleopatra; diamantes que desafian á las minas de Golconda (2). Allí encontrais las maravillas que la industria, impulsada por el vapor y el interés individual, y forzada por las máquinas y la competencia, ha hecho de medio siglo á esta parte. Pero en lugar de venerables santos colocados en altares de el mas severo gusto, vereis á los señores de el moderno feudalismo muellemente recostados en carruages lujosos: en vez de sábios, vereis capitalistas: en vez de artistas, fabricantes: en vez de almas anegadas en místicas ternuras, corazones inundados en vergonzosos deleites: en vez de instituidores de hospitales, fundadores de teatros: en vez de protectores de la juventud, esplotadores de la infancia. ¡Ah! no hay duda: la sociedad marcha descaminada, y en lugar de dirigirse al

(1) Augusto Nicolás.

(2). Alexis de Valon.

cielo por la senda de la virtud , se precipita en el infierno por la pendiente de el vicio!

Un solo medio hay de contener á la sociedad y evitar que se hunda en el abismo de que tan cerca se halla: el retorno á las anchas vias católicas; y para que vuelva á ellas, lo primero es restablecer la union indisoluble de los estudios teológicos y morales con los filosóficos y literarios. Afortunadamente la católica España no es presa todavía ni de un exajerado industrialismo, con el pauperismo haraposo su formidable aliado, ni de una asoladora incredulidad, con la inmoralidad vergonzosa que la sigue como sombra de su cuerpo. No: nuestra lozana juventud profesa la divina Religion de nuestros padres; reverencia á la Santa Madre Iglesia, y procura imitar las hidalgas y piadosas costumbres de nuestros mayores, que guiados por la enseña de la Cruz, vinieron de Covadonga á Granada y fueron de Santafé á el Perú. Dócil, aplicada y modesta, estudia las doctrinas de sana moral, que de modo alguno se oponen á los adelantos científicos, y aspira á poseer la verdadera sabiduría de nuestros escritores ortodoxos, que no encontraron dificultad alguna en la libre sumision á la fé para recorrer con firme y seguro paso los inmensos espacios de la ciencia.

A vos toca, Ilmo. Sr., dirigir y regularizar el noble y católico espíritu de nuestros obedientes y laboriosos alumnos; cumpliendo así las religiosas y liberales miras de nuestra Reina constitucional y de su ilustrado gobierno. Por lo que á mí respecta, creo haber llenado en esta segunda parte de mi discurso el objeto que me propuse; á saber: bosquejar el influjo altamente civilizador de la Iglesia, por lo relativo á el individuo, á la familia y á la sociedad.

Voy á concluir. No en vano acaba de pasar sobre nuestras cabezas una calamidad terrible. Acaso Dios ha permitido que veamos á la sociedad que nos rodea con el rostro alterado por la enfermedad y descompuesto por el terror, para que con-

vencidos de la vanidad de la vida, recojamos nuestro espíritu; como aquel noble caballero de la Côte de Carlos I, fundador de esta Universidad, en quien hoy reverenciamos á S. Francisco de Borja, el cual entrando en Granada, en desempeño de una comision tristísima, exclamó al ver al cadáver de su soberana: «¿Es esta aquella emperatriz Isabel, tan celebrada por su hermosura»? Considerad ¡oh jóvenes! que este mundo no es mas que un tránsito (1): que nuestra condicion en este valle de lágrimas es el trabajo, por que no solo nuestro primer padre fué condenado á trabajar desde el momento de el castigo (2), si no en su estado de inocencia no le fué dado el eden sin la cualidad de que lo labrase y guardase (3): que hay en el campo de la ciencia, como en el paraíso, un árbol vedado, al cual nadie toca sin conocer al punto su desnudéz (4): que el temor de Dios es el principio de la sabiduría (5); y que sin respetar la union, por El formada, de la Religion y la Filosofía, nunca merecereis el alto nombre de sabios. La antorcha de la Fé os iluminará en las profundidades de la ciencia: la Iglesia os confortará por su doble virtud santificante y civilizadora. Penetraos de su sana doctrina; practicad sus benéficas verdades, y tendreis luz en la inteligencia y paz en el corazón. *Qui facit veritatem, venit ad lucem* (6) ¡Qué! ¿Os detienen mentidas apariencias ó perniciosos ejemplos? Respetad á vuestras madres: acordaos de la enseñanza recibida en su amoroso regazo; y permanecereis ilesos y tranquilos en medio de el torbellino y de la corrupcion de el mundo; como Daniel en el lago de los leones. —HE DICHO.

(1). El Zeuda Vesta.

(2). Genesis 3, 17.

(3). Id. 2, 15.

(4). Id. 2, 17 y 3, 11.

(5). Proverbios 1, 7.

(6). S. Juan 3, 21.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



900246817

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA